

Sombra y Hedor

Octavio Monti



Capítulo 1

Peces. Golondrinas. Silencio. Las últimas campanadas resuenan en la vieja iglesia. El pueblo se refugia. La Luna asoma sus cuernos sobre nubes anaranjadas. Un perro ladra sobre la calle desierta. Hojas quebradas se deslizan sobre la tierra. En la vieja plaza, una hamaca aún se balancea.

La figura asoma por el inicio del camino. Arrastra su nariz, buscando los restos de los olores desperdigados por el pueblo. Piel curtida, sucia; aliento podrido, fauces anaranjadas.

Cómo una sombra se desliza entre las casas, buscando un resquicio por el que colarse. El aroma a sangre lo excita. Rehuye de los hogares marcados con cruces ensangrentadas, sabiendo que allí el suelo le es prohibido.

Al despejarse el cielo, la luz de luna ilumina su rumbo. La destartalada casucha de un mendigo. La saliva se escurre por el filo de sus colmillos.

A la mañana siguiente, la luz despeja los tormentos nocturnos. Los hombres acuden a atender sus cosechas y las mujeres lavan la ropa bajo el calor del sol. El cura prepara su sermón, mientras escucha por la ventana a los niños que corren hacia el parque.

Solamente falta Baraja, el borracho que suele andar por la costa del río; algunos se preguntan por su ausencia, pero la inquietud dura sólo unos días.